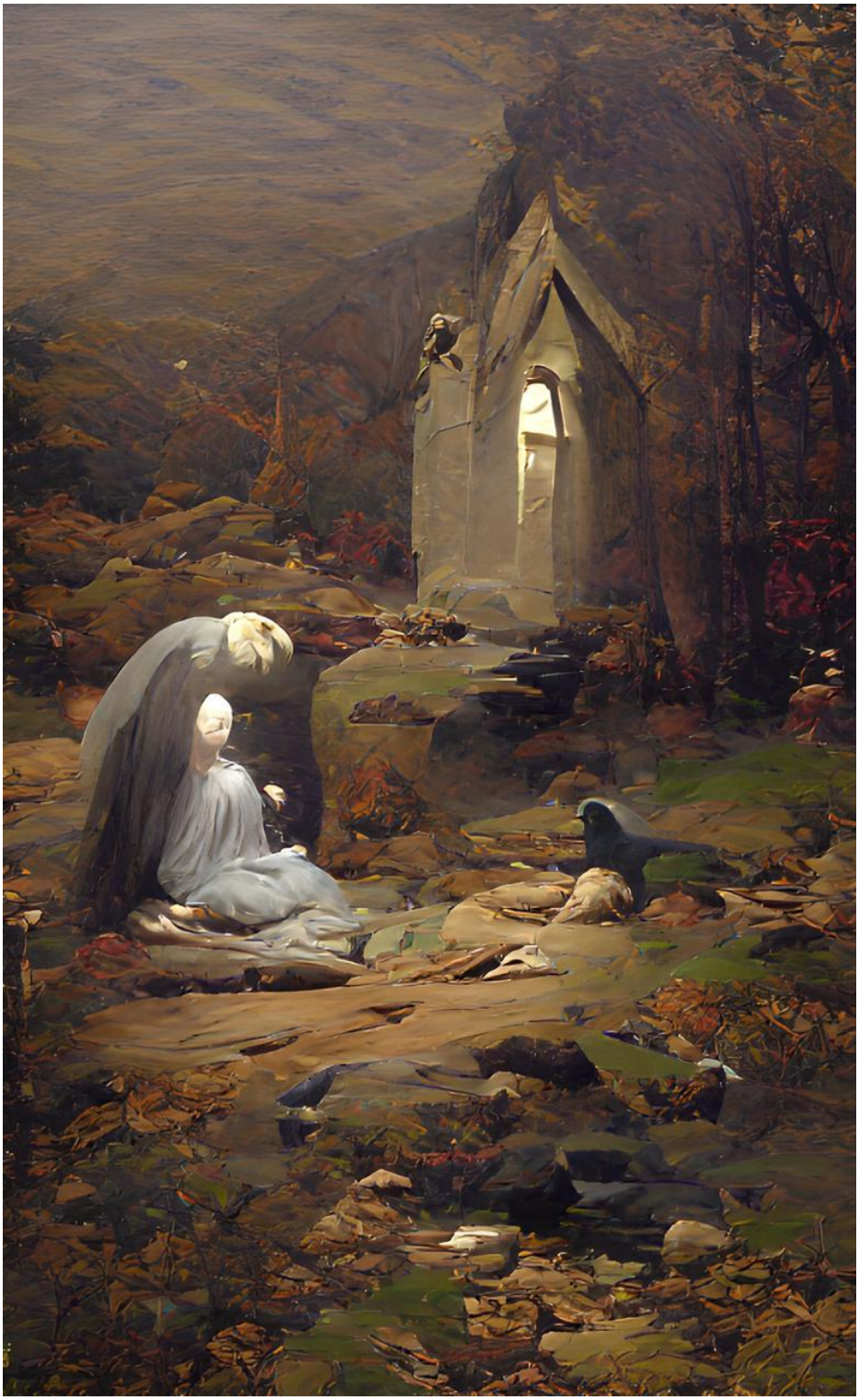
# Penitencia

Alan DiVoga



# Capítulo 1

**PENITENCIA**

"*Yo reprendo y disciplino a todos los que amo. Por lo tanto, sé fervoroso y arrepiéntete.*" - Apocalipsis 3:19

El lunes por la mañana despertó de un vivido sueño, el cual le importó en demasía. Se castigó por el daño hecho, y sus piernas sufrieron a puñetazos el poco control mostrado mientras dormía.

Todo importaba, todo era motivo de escándalo. Por la tarde volvieron los pensamientos, y decidió de nuevo mortificar el cuerpo a castigo, con la liga que usaba en la muñeca, jalando y soltando, sintiendo cada culetazo, ofreciéndolo por la purificación de sus impulsos.

Con la puesta de sol, se inclinaba a hacer sus oraciones, a mortificar esta vez el alma. El rosario en su mano pasaba por su espalda, de un lado a otro, golpeándola. Por la noche pedía no tener otro de esos sueños, no volver al infierno.

"*Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia y paz para quienes han sido entrenados por ella*." - Hebreos 12:11

El martes despertó sin haber soñado, pero repudió no haber sido Dios lo primero en su mente por la mañana. Se castigó por lo mismo, y sus piernas, ya negras de los golpes matutinos, volvieron a ser objeto de la disciplina.

Por la tarde, mientras tomaba su café, los impulsos le ganaron, y al servirse su segunda taza, tuvo que estrellarla en el suelo, para no dar pie a la gula que iba a cometer. Los pedazos de la porcelana le hirieron las manos, pero no las curó, pensando en ofrecer el dolor que le escocía.

Por la noche, mientras de nuevo hacía el rosario, se reprendió aún más fuerte, pues quien aguanta lo mínimo, sin dar lo que más, no es merecedor del Reino de los Cielos. Mientras se golpeaba, profirió una salvajada, utilizando el nombre de Dios en vano; tuvo que clavar sus uñas en sus manos, ahí sobre las heridas de la taza, para corregir lo hecho.

"*Reconoce en tu corazón que, así como un padre disciplina a su hijo, también el Señor tu Dios te disciplina a ti.*" - Deuteronomio 8:5

El miércoles tuvo que mortificarse con el hambre. No comió nada por la mañana, no comería nada en todo el día. Los miércoles era el día en que se confesaba, pero en aquella ocasión, al no hacerlo por verdadero arrepentimiento, sino por temor de Dios, tuvo que volver a confesarse. Al sucederle de nuevo en esta segunda confesión, volvió una tercera vez, esta vez de rodillas, de su casa a la Iglesia, para expiar el temor.

Las rodillas le quedaron al rojo, forja de su buena templanza.

Por la tarde no comió, solamente la comunión; pero sucumbió en la tentación de prepararse un té caliente ya en su casa, sin endulzar. Considerándolo una falta grave, se perforó las manos con martillo y clavos, para sentir lo que Cristo en la cruz.

Con las manos vendadas, y sin poder sostener el rosario en la noche, se dio de golpes en la cabeza, mientras inclinado repasaba los misterios gloriosos, que correspondían a los miércoles.

"*¡Cuán dichoso es el hombre a quien Dios corrige! No menosprecies la disciplina del Todopoderoso.*" - Job 5:17

El jueves por la noche volvió a soñar, está vez todo más nítido. El castigo de los días anteriores le impidió levantarse hasta pasada la tarde; tendido en su cama, le consumía el deseo de reprenderse, culpando a la pereza del poder sobre su cuerpo.

Pasado el mediodía, logró ponerse en pie; cambió sus vendas de las manos, ensangrentadas durante su sueño. Agarrando la navaja de afeitar, comenzó a dibujar cruces, cortando la piel de sus brazos y piernas, buscando que las marcas le bendijeran, y de esa manera le impidieran volver a caer en la pereza.

Comió la sopa con dificultad, y la dejó a la mitad, decidido a ofrecer el resto. Por la noche, mientras repasaba de nuevo el rosario mientras se golpeaba daba con la cabeza contra la pared, se dio cuenta de lo tibio que había sido aquel día, así que decidió trasnochar. Antes de que dieran las doce, perforó sus pies con los mismos clavos que las manos, para terminar de ser él Cristo, para compartir su dolor.

"*Y si tu mano derecha te es ocasión de pecar, córtala y échala de ti; porque te es mejor que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu*

*cuerpo vaya al infierno.*" – Mateo 5:29

No despertó el viernes, pues había pasado la noche velando sus pecados. La salida del sol le encontró con manos y pies vendados y ensangrentados del esfuerzo. Incapaz de caminar como es debido, se echó frente a la televisión y cambió los canales en busca de la transmisión de la misa diaria; en alguno de ellos aparecían edecanes y, culposo de haberles visto, decidió tomar la más drásticas de las medidas.

Como lo indicaban las escrituras, echó en mano una cuchara, y colocándola sobre su ojo derecho, procedió a retirar el interior. Gritando, se decía que la misericordia del señor era grande, que ha cambio de su cuerpo concedía el perdón y la gracia.

Una vez retirado su ojo, hizo los primeros auxilios, y prosiguió a clavar el ojo en la entrada de su casa, para que sirviera a Dios en su omnipresencia, para que viera lo que allá sucedía, así como todo lo veía.

Fue a dormir temprano, agotado; sin un ojo que le permitiera pecar, con sus manos y piernas perforadas en señal de redención, con sus piernas y brazos haciendo la señal de la cruz.

"*Porque el Señor juzgará con fuego y con su espada a toda carne, y serán muchos los muertos del Señor.*" – Isaías 66:16

El sábado únicamente se levantó de su cama para terminar el trabajo pendiente, temeroso de haber actuado con mediocridad, y retiró del lado izquierdo de su cara el ojo faltante. Volvió a su cama y se cubrió en su sábana santa.

Sería él un mártir; soñaba con el cielo que se había ganado, soñaba con la santidad, con la vista del Señor.

El sábado por la tarde murió, y el domingo no fue de resurrección.